

prendemos nada, podemos también, muy sensatamente, admitir la existencia de Dios, ó su *presencia real* en la Eucaristía, puesto que está probado en fin, que no hay deshonor ninguno ni bajeza en admitir esas verdades, ni para el niño ni para el hombre.

Sin embargo, y aquí entramos á lo más vivo de nuestro asunto, sea que se trate de los primeros años, durante los cuales sólo la familia ejerce influencia, sea que se trate de los años siguientes, en que los estudios traen consigo la influencia de los condiscípulos, de los maestros, y del espíritu de una casa de educación ó escuela; es preciso evitar á toda costa que esas ideas religiosas y las prácticas que de ellas resultan, sean producidas por un exceso de ejemplo y no de convicción. Porque, tan reprensible es la cobardía del que no se atreve á ser religioso como la debilidad del que sólo es religioso, impulsado por una imitación servil. Y, entiéndase bien, que no queremos hablar aquí de ese vicio repugnante llamado *hipocresía*, pues no necesitamos demostrar su bajeza; queremos señalar esa ligereza inconsciente, á consecuencia de la cual el alumno ora, sólo *por orar*, y sólo cumple sus deberes religiosos, porque los demás los cumplen.

Sin duda alguna, el hecho de ligereza atenúa el inconveniente que de ello resultaría para su carácter; pero sin embargo, no es menos cierto que

si la dignidad no sufre positivamente, permanece privada de su inspiración natural, elevada y segura. Es preciso pues, ante todo, apresurarse á dar convicciones serias sobre la religión, convicciones á toda costa, y no solamente impresiones ó hábitos instintivos, porque las impresiones desaparecen á la primera distracción, y los instintos se sofocan tan luego como nace una pasión cualquiera.

El cristianismo, en general, y el catolicismo, en particular, están bastante bien fundados en pruebas, y soportan el examen, para merecer y obtener convicciones sólidas. Hacedlo examinar, seguramente que convenceréis, y tendréis alumnos que serán más tarde hombres modestos y dignos.

Acabamos de ver que para no comprometer la dignidad del niño, es preciso pedirle obediencia, en nombre de lo que tiene derecho de imponérsela: la razón y Dios; pero esto no basta. Para ordenar como se debe, es decir, para ordenar sin que se rebaje aquel que debe obedecer, es preciso no ordenar *demasiado*; y quizá contra este principio se peca con frecuencia, cuando no se tiene cierta experiencia y cierto hábito de tratar á los niños. Primeramente, á ellos les agrada no tener que reflexionar, y como se necesita reflexionar para determinarse por sí mismos, se abandonan á menudo á la obediencia en detalle por un instinto de pereza;



la orden que les llega representa en efecto un trabajo menos, un esfuerzo menos que hacer. Después de haber señalado esta tendencia, apenas si necesitamos indicar las funestas consecuencias que acontecimientos recientes nos han permitido hacer constar. ¡ Qué azote son todas esas gentes honradas dispuestas á dejarlo hacer todo y á soportar todo en la administración y el gobierno de la cosa pública, con tal que no se les imponga el cuidado ó la iniciativa de cualquier cosa, concediendo genio á todo el que tiene la presunción y la audacia necesarias para dispensarlos de ocuparse en otra cosa que no sean sus asuntos privados, y después se admiran de ver llegar semejantes catástrofes ! Como si la abdicación por parte de unos, no tuviese como corolario inevitable las empresas abusivas por parte de los otros.

Importa mucho no favorecer esa pereza de iniciativa, pues rebaja inevitablemente el carácter, ya sea acostumbrándolo á una flexibilidad excesiva, incompatible con la dignidad, ya, y esto es más grave, exponiéndolo para lo futuro á la indecisión, que, según Balmes, nulifica la voluntad como el escepticismo nulifica la inteligencia. Aquel que por sí mismo no se ha gobernado, ni obrado ni pensado por decirlo así, difícilmente será lo que queremos que llegue á ser por medio de la educación. No se atreverá ó no sabrá resolverse, y pedirá á otro sus resoluciones ; si las toma por sí mismo

será incapaz de mantenerlas, porque le faltará seguridad, sangre fría ó mesura.

Creemos que este inconveniente es más temible en las jóvenes, porque cuando más tarde sean esposas y madres de familia, están llamadas á obedecer por una parte y á ordenar por la otra, desempeñando así un papel más difícil que el del marido. ¿ Están mejor preparadas ? ¿ Lo desempeñan bien ? ¿ No han sido con frecuencia separadas de la dirección de ciertos negocios, cuando su espíritu más desligado y su genio más flexible sería de gran utilidad, si no estuviesen acostumbradas á un papel pasivo y sin iniciativa y á una subordinación excesiva ? Hacemos estas preguntas sin contestarlas, y sencillamente para llamar la atención.

Como aplicación práctica de lo que acabamos de decir, evítese siempre que el niño permanezca en la indolencia, y combátase en él la tendencia á no emprender nada por sí mismo. Intervéngase cuando sea necesario ; pero nada más, y sencillamente para guiarlo. Cuando un gesto baste para tal objeto, no hagáis más que ese gesto ; cuando vuestra dirección pueda bastar para veinticuatro horas, no la hagáis sentir más ni menos tiempo ; cuando baste dar indicaciones respecto á la esencia, no os ocupéis de los detalles ; sobre todo, no pidáis nunca imperativamente más que lo que realmente tengáis



derecho de pedir así; y si podéis prever una resistencia, ved si hay oportunidad de urgirla, como va á ser necesario; ó si por el contrario, hay más ventaja en esperar y en esquivar la dificultad sin que lo parezca.

Obrando así, se obtiene doble provecho; en primer lugar no os usaréis, y en segundo, y éste es nuestro principal objeto, no nulificaréis al niño. No necesitamos recomendar que no se comprima en los niños la necesidad que tienen de movimiento y ejercicios ruidosos; esto equivaldría á encerrar sus miembros para impedirles que crecieran, y la violencia sería mucho más tiránica, pues es una necesidad física é imperiosa. Precaverse de la impaciencia y el malhumor que todo esto pueda ocasionar, pues nada tortura tanto á un niño, como hacerle observaciones continuas á este respecto; si os es imposible dejarles un espacio suficiente y libre, tened paciencia, y no dejéis traslucir que os molesta, el niño os lo agradecerá y habréis hecho un acto de bondad. Además, en general, los niños flojos é inertes nos parecen inspirar más inquietudes y despertar menos simpatías.

No olvidéis tampoco que cuando se trata de vocación sobre todo, es cuando hay que tomar toda clase de precauciones, y tener para el niño todas las respetuosas atenciones de que acabamos de hablar. Dios ha puesto en cada uno de nosotros

una aptitud especial y también un atractivo especial; y combatiendo la una ó violentando el otro se llega á la impotencia y al desorden, y se rompe por decirlo así el resorte humano. ¿Quién no conoce los prodigios de obstinación de ciertas naturalezas para resistir á una dirección que les repugna, y los heroicos esfuerzos de que son capaces para llegar á sus fines cuando han conseguido conquistar su vía? Y admitiendo que no llevaseis al niño á esas resoluciones extremas, porque su alma no estuviese fuertemente templada todavía; no es evidente que su energía se disminuirá, y con la energía la dignidad que la inspira y que obligáis á capitular?

Es también incontestable, y esto se adivina, que hay que evitar dicha presión, tanto más cuanto que encuentra poca resistencia; pues al que tiene poco, no hay que quitarle lo poco que tenga. ¿Qué independencia de carácter podemos esperar del que no haya sabido guardarla, en una circunstancia tan importante, y en la que se encuentra directamente interesado? Si hay un caso, según el pensamiento de Fenelón, en que sea preciso *seguir á la naturaleza y ayudarla*, es este con toda seguridad.

Sobre todo, ¡que los padres no destinen nunca de antemano á sus hijos á tal ó cual carrera! el menor mal que debe esperarse de esa determinación, es que esos niños, metidos en un molde, por decirlo así, en un molde, que debe modelar su



iniciativa y sus resoluciones, perdiesen así su personalidad y llegasen á no sospechar siquiera que sus almas tienen vida propia y deben desarrollarse espontáneamente so pena de no existir. Se dirá quizá que hay seres insignificantes y nulos que no tienen instintos para nada, si no es para el reposo; estas clases de *fenómenos* son raros felizmente, y si algunos niños no acusan de una manera precisa cualquiera tendencia, es casi inaudito que no dejen ver absolutamente ninguna, vagamente á lo menos. Es preciso entonces, ayudarlos á esclarecer ideas confusas y á reconocerse, pero animándolos á hacer por sí mismos su elección, lo cual es muy importante, bajo el punto de vista que nos ocupa.

He aquí lo que toca á los principios; conveniremos en cuanto á la práctica, que la aplicación debe hacerse con discernimiento, es decir que en muchos casos las ideas del niño necesitan modificarse con la experiencia de los padres, ya sea porque lo que piense es irrealizable, ya porque se deje guiar en su elección por arranques irreflexivos, apasionados ó ligeros. Pero es preciso tener bien en cuenta sus deseos, mientras más concuerden con sus aptitudes probables; pues se comprende que de otro modo su carácter estaría expuesto á rebajarse, y habría una desviación muy considerable entre sus proyectos personales y la carrera que le fuese impuesta. Por otra parte, es claro que el peligro no será enorme si se hace un tejedor en vez de un

sombrerero; pero si será de consecuencias, si se forma un médico en vez de un abogado, ó un hortera en vez de un pintor.

La dignidad, para desarrollarse completamente, pero sin exageración, necesita ser ayudada ó por lo menos que no se la comprima; pues la resistencia que encontrase tendría por resultado inevitable destruirla de antemano ó transformarla en un sentimiento de rebelión y, por consecuencia, de orgullo. Es necesario ordenar con bondad á la vez que con firmeza.

Un maestro duro, desagradable y brutal, será para la mayor parte de los niños, lo que son las nieves perpetuas para las plantas que necesitan el sol para florear. El niño tiene motivos serios, para temer desagradar con una actitud un poco independiente, aun cuando sus derechos fuesen ciertos, pues tiene gran trabajo para evitar malas acogidas que una docilidad extrema no conjuraría. Por lo menos, le queda la aprensión muy natural de engañarse y por consecuencia, de correr el riesgo de ser llamado bruscamente al orden. Nueve veces en diez, no se atreverá á chistar palabra aun cuando lo necesite, ya fuese para formar su juicio por medio de la explicación que obtuviese, ya sobre todo para enseñarse á no ceder ante una voluntad extraña justa ó injusta.

Así sucederá siempre, y principalmente cuando



el niño se encuentre transportado sin transición de la casa paterna al colegio, de las faldas de la madre á las bancas de la clase. ¿Y cómo no intimidarse, si en vez de la mirada acariciadora que lo alentaba en el hogar y de las palabras de ternura que acompañaban á los más merecidos reproches, sólo escucha ya una voz que se esfuerza en hacerse temible, y sólo ve miradas amenazadoras? Tenemos ciertamente bastantes probabilidades ya con eso, para no ganar el corazón de los niños, precisamente porque para este objeto, la voz de la sangre no habla ni en ellos, ni en nosotros; no hay pues que empeorar nuestra situación y hacer más difícil nuestra tarea. Tenemos que guiarlos, no que *reducirlos*, en la generalidad á lo menos; y si aun en este último caso deben convencerse de nuestra benevolencia, con mayor razón cuando sólo desean hacer el bien.

Se nos objetará quizá, que sólo la inexperiencia puede permitirse apreciaciones tan optimistas respecto á los niños y jóvenes: precisamente creemos lo contrario, pues una larga experiencia es la que nos hace juzgar así. Nos parece también, que cuando se quiere juzgar imparcialmente á niños que se cree desagradables, ingratos, tercos, en una palabra, mal dispuestos, debe uno preguntarse, si se les ha probado suficientemente que se les ama y se les desea hacer el bien; si se les ha probado por medio de la indulgencia, de las aten-

ciones y de la paciencia tanto como con energía y firmeza; si por el contrario, y á falta de virtud, no se les ha hecho pensar que son una carga odiosa para el maestro; más todavía, que se les ama realmente. Sólo después de haber obtenido de su conciencia una respuesta satisfactoria, tiene el maestro el derecho de juzgar á los niños de una manera severa, porque debe siempre aceptar y reconocer su parte de responsabilidad en el fracaso de sus relaciones.

Convenimos gustosos en que al hablar así, un maestro forma á expensas propias el proceso de la imperfección humana; ¿pero quién dejará de reconocer que debe tener por ideal un punto más alto que aquel en que se halla, y que ninguno tiene derecho nunca para estar satisfecho de sí mismo? Decimos las cosas como las comprendemos y no pretendemos nada más.

Así, pues, no vamos nunca hasta el fondo de nuestro pensamiento, si no es á condición de decir que con frecuencia, los actos de insumisión, de cualquier grado que sean, provienen de que con razón ó sin ella los alumnos creen que se les ha querido oprimir, exigir de ellos una obediencia muy minuciosa ó imponerla duramente. La segunda alternativa es á la que expone un mandato en el que no tome parte la bondad. Es evidente que en las casas de educación, en las escuelas, lo mismo



que en los estados, habrá siempre espíritus descontentos é inquietos que reclamarán mayor suma de libertad, porque necesitan sin cesar hacer nuevas experiencias ó satisfacer nuevas codicias: de éstos no hay que hacer caso, se les ilumina si se puede, y sino se resigna uno á hacer el deber que exige la justicia si no basta la bondad. Pero junto á éstos, hay otros que tienen positivos derechos, para que se tengan en cuenta sus aspiraciones razonables de independencia, evitándoles hacerles sentir la rudeza del mando, imponiéndose á ellos por el terror ó sencillamente por el temor permanente. Si una planta, que quiere salir de la tierra y lanzar su tallo recto hacia el cielo, encuentra una piedra, precisamente en el lugar donde debía tomar aquella dirección, deberá sin duda buscar otra salida, y el tallo se torcerá. De la misma manera, un niño á quien se domine inútilmente por medio del temor, no podrá nunca desarrollar con regularidad, el sentimiento justo y natural de dignidad que debe germinar en él; este sentimiento no podrá ensancharse sino por violencia y á sobresaltos ó escapando á la acción del maestro.

Así pues, la violencia sufrida traerá fatalmente consigo el descontento y la rebelión, y el alumno llegará á considerar todo guía exterior como un freno odioso. De la misma manera también, la necesidad de escapar á quien teme y á quien debe-

ría amar, y de cuya vigilancia huye cuando debería desearla, hace que con frecuencia obre al azar, que use muy mal ó exagere sus sentimientos de honor inexperimentado; en una palabra, hace que falsee su carácter.

Con la más perfecta convicción, recomendamos la bondad en el mando, pues nada impide que se mande también con firmeza. Los fracasos y fastidios que sobrevienen á algunos maestros, cuya bondad es reconocida, no tienen por origen esa bondad, sino la debilidad que algunas veces la acompaña, y que la vicia. Primeramente, es una bondad deplorable la que pone al padre de familia ó al maestro en el caso de tolerarlo todo, porque no sabe inspirar ni temor ni respeto; pero, además ¿quién no ha observado que esos padres de familia y esos maestros son precisamente los que caen algunas veces en excesos de reprensión, porque son tan débiles contra sus cóleras como contra sus ternuras? Así es cómo se explican ciertas anomalías.

Nuestra conclusión general es, que no hay que condenar á la inacción y dejar que se atrofie esa facultad del libre albedrío; sino por el contrario, poner todos los medios para favorecer y regularizar su desarrollo.

¡Pues qué! se ejercita la inteligencia del niño, se ejercitan sus miembros, y ¿no debe ejercitarse



su voluntad? En presencia de lo que ignora, no se hallará la ciencia, frente á la enfermedad, no tendrá el vigor de la salud, ¿qué le quedaría pues, si no tuviese por lo menos, la voluntad de curarse y de aprender?

## II

### La vigilancia

No siempre está dispuesto el niño á cumplir su deber: la ligereza, la falta de inteligencia, la inclinación natural á hacer su voluntad, todo eso puede ser obstáculo para su educación. Es necesario prepararlo en los límites de lo posible, y con tanta mayor atención, cuanto que vale siempre más prevenir el mal, y no tener que reprimirlo ó extirparlo. En consecuencia, es preciso vigilar al niño. Esta vigilancia es uno de los grandes peligros, que deben señalarse respecto á la dignidad del carácter, sobre todo, porque la vigilancia de los padres y maestros debe ejercerse desde muy temprano, y ya á una edad, en que el arbusto tiene dificultades para enderezarse, y en que el carácter se dobla ya fácilmente.

Es muy fácil darse cuenta de esa influencia que puede ser funesta. El niño que se siente vigilado, puede estar expuesto: á esquivarse de esa vigilancia, por falta de sinceridad, digámoslo de una vez,

por hipocresía; ó á no tener en su conducta otro móvil que las miradas del maestro, y entonces pierde toda iniciativa propia, todo sentimiento de responsabilidad personal. Concede, en este caso, la parte del deber, que ni aun con disimulo puede rehusar; pero nada más; y sabe que no tiene ni el honor ni el mérito de lo que concede. El ojo del maestro es quien lo obliga; compone su rostro cuando se siente sorprendido por la vigilancia; y esa costumbre que toma de consultar así una mirada inquisidora, puede hacer que más tarde se preocupe, ya sea de la mirada ó de la sonrisa de sus semejantes, y estar siempre á su antojo. ¿Qué llegará á ser pues, esa criatura, á quien Dios ha dado, según el poeta latino, un rostro para *mirar el cielo*, y que descenderá á mendigar á diestra y siniestra una aprobación ó una tolerancia? ¿Y cuán enojoso no será exponerse así á las malas influencias, cuando puede uno por sí solo conducirse, y conducirse bien? Es difícil imaginar espectáculo más triste que el del bien escondiéndose bajo una vergüenza falsa; pues es incontable que en ciertas naturalezas puede encontrarse la vergüenza del bien como la del mal; es preciso prever y evitar aun ese resultado y, debo decirlo, sobre todo ese resultado.

De hecho, nada es tan importuno ni tan justamente importuno, como una mirada inquisidora, á